Semana del
Sargento

# LA HERMANA DEL SARGENTO.

Comedia en dos actos,

TRADUCIDA LIBREMENTE DEL FRANCÉS

POR

DON RAMON DE NAVARRETE

Y

Don Juan del Peral.




MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

*Agosto de* 1849.

## PERSONAGES.

Eduardo de Sauval, *coronel de dragones.*
Juan Luis, *sargento.*
Madaré, *posadero.*
Pedro, *mozo de la posada.*
Luisa Bela.
Clarita, *su prima.*
Julio, *niño.*
Aldeanos *de ambos sexos.*

---

La accion pasa en las cercanías de Abbeville, año de 1833.

---

# ACTO PRIMERO.

El teatro representa la plaza de un pueblo. A la dere- del espectador, una posada: á la izquierda un emparrado, debajo del cual habrá una mesa y dos sillas. En el fondo, un rio con puente practicable. Al alzarse el telon son cerca de las seis de la mañana.

## ESCENA PRIMERA.

PEDRO.

(*Sale de la posada estregándose los ojos.*)

*Pedro.* Caramba qué tarde es! Ya ha salido el sol. Sin duda me he dormido hoy mas de lo acostumbrado. Ah, no; ahi vienen los aldeanos que van al mercado de San Ricardo. (*Algunos aldeanos y aldeanas atraviesan el teatro de derecha á izquierda, llevando canastas en los hombros, con diversos frutos y comestibles: Pedro los saluda.*) A Dios, amigos mios; que vendais bien vuestra mercancía. (*Entre sí.*) Este pais es una mina de oro por sus tomates. (*Viendo á un anciano que cruza el puente.*) Calla!... no es el señor Paulino... sí, él es; y detrás la señora Mauricia. (*Pasa una anciana.*) Pues no debe estar muy lejos Clarita: qué tal, no lo decia yo? ella es la que ahora atraviesa el puente.

## ESCENA II.

PEDRO. CLARITA.

*Pedro.* Esperad, esperad, señorita Clara: voy á desem-

barazaros de ese peso para que descanseis un instante. (*La coge la canasta que lleva.*)

*Clarita.* Muchas gracias, señor Pedro.

*Pedro.* (*Dejando la canasta en el suelo.*) Cômo pesan los tales guisantes.

*Clarita.* Y para la que está levantada desde las dos de la mañana...

*Pedro.* A esa hora estaba yo roncando. A las dos nada me impediría dormir, aunque...

*Clarita.* Mas para eso ya no vendré el otro mercado.

*Pedro.* Por qué?

*Clarita.* Porque se casa mi hermana Susana con Gerónimo Bernabé. Se enamoró de ella el jueves, y el domingo se quiso tirar al rio porque se la negaban.

*Pedro.* Eso es lo que debiamos hacer nosotros.

*Clarita.* Tirarnos al rio?

*Pedro.* Quiá; sería una brutalidad. Casarnos de la noche á la mañana.

*Clarita.* Eso no es posible; porque las aldeanas cuando nos casamos, es para ser fieles á nuestros maridos, que plantarlos cuando les acomode es privilegio de las señoras de la ciudad; y por lo mismo debemos mirarlo muy despacio antes de hacerlo.

*Pedro.* (*Cariñosamente.*) Pero al cabo de tres meses que nos estamos contemplando...

*Clarita.* Cuántos se han observado mucho tiempo, y al fin se han llevado un gran petardo. No es esto decir que yo dude de vuestra hombría de bien, pues me consta que sois muy honrado...

*Pedro.* Oh, eso sí; no es porque yo lo diga.

*Clarita.* Mas para hacer una tontería siempre hay tiempo. No os acordais de mi prima Luisa, la hija del difunto Simon Bela, de Bouvincourt? Ayer me contaba mi padre su historia, y me decia que era la muchacha de mas talento que habia en veinte leguas á la redonda. Y de qué le sirvió? Hace seis años que la infeliz se escapó de casa de sus padres, sin que haya podido averiguarse ni dónde ha ido, ni qué es de ella.

## ESCENA III.

CLARITA. PEDRO. MADARÉ.

(*Este último ha salido de la posada al fin de la escena precedente, y ha estado observando á Pedro, á quien pega ahora una palmada en el hombro.*)

*Madaré.* Siempre holgazaneando.
*Pedro.* (*Rascándose el hombro.*) Ay!... Si dijeseis hablando, vaya; pero...
*Madaré.* Y te pago para que pases el tiempo en hablar?...
*Clarita.* (*Pasando al lado de Madaré.*) No le riñais. Bien sabeis que es mi novio; y como solo puede hablarme cuando voy ó vengo del mercado... Ya veis, veinte minutos de mas ó de menos...
*Pedro.* Es verdad; si emplease los veinte minutos cada media hora, entonces...
*Madaré.* Pues no faltaba otra cosa.
*Clarita.* Ea, señor Pedro, ayudadme á cargar los guisantes.
*Pedro.* Os vais ya?
*Clarita.* No habeis oido á vuestro amo?
*Pedro.* Es cierto. (*Refunfuñando.*) Pedazo de alcornoque. (*Ayuda á cargar la canasta á Clarita.*) A la vuelta nos veremos. A Dios, querida Clarita.
*Clarita.* A Dios, señor Pedro. (*Vase Clarita por la izquierda. Pedro la sigue con la vista.*)

## ESCENA IV.

PEDRO. MADARÉ.

*Madaré.* Sube á ver si quieren desayunarse los dos huéspedes del piso principal, ó si á la señora que vino anoche, ó á su hijo, se les ofrece algo.
*Pedro.* En verdad que da que pensar la tal señora. Quién será?
*Madaré.* Y sea quien quiera, á tí que te importa? Mil veces te tengo dicho «un criado de posada ni debe ver, ni oir, ni hablar.»

*Pedro.* Pues para eso, que nos peguen los ojos, nos cosan la boca, y nos tapen los oidos.

*Madaré.* Quizá te suceda eso algun dia. (*Pedro se dirige á la posada como de mal humor; y antes de entrar se queda mirando hácia el lado opuesto.*)

*Madaré.* (*Impaciente.*) Qué haces ahí?

*Pedro.* Me parece que llega algun forastero...

*Madaré.* Está bien; corre á hacer lo que te he dicho.

*Pedro.* Allá voy, allá voy. (*Va á entrar en la posada, y vuelve de repente á decir á su amo:*) Mirad si decia yo bien.

*Madaré.* Todavía!! Marcha pronto á tu trabajo.

## ESCENA V.

JUAN LUIS. MADARÉ.

*Juan.*
Halagüeña y cariñosa
me sonríe la fortuna.
Hoy vuelvo al suelo que cuna
fué de mi infancia dichosa.
Y tras de la lucha cruel,
donde acredité mi espada,
tornaré á ver á mi amada,
siempre hermosa y siempre fiel.
A mi lado en el combate
juzgaba verla amorosa....
Si á un soldado ama una hermosa,
con qué entusiasmo se bate!
Dejo el campo del honor
con noble sangre regado,
y vuelvo regocijado
á los brazos del amor.

(*A Madaré.*) Hola, buen viejo; sois de la posada?

*Madaré.* El dueño de ella, para lo que gusteis mandar.

*Juan.* Teneis buen vino?

*Madaré.* Esquisito. Si quereis entrar...

*Juan.* No. Aqui mismo: (*Señalando la mesa.*) en dos tiempos, y á continuar la marcha. Haz que saquen una botella y un vaso, ó dos, si te sientes capaz de hacer compañía á un dragon.

*Madaré.* En tratándose de beber, se la haré yo aunque sea al diablo. (*Vase Madaré.*)

*Juan.* Truhan!

*Madaré.* Y que tengo un vino de reserva...

*Juan.* Ea, pues despacha, y haz avanzar la reserva á paso redoblado.

## ESCENA VI.

JUAN LUIS.

*Juan.* (*Estregándose las manos.*) Por fin ya falta poco para concluir mi camino. Diez leguas. Qué regocijo va á causar mi llegada en el lugar.

Ya disfruto de antemano
contemplando su alborozo:
uno dirá: «Qué buen mozo!
vienes hecho un veterano.»
Me apretará este la mano;
me dará un abrazo aquel,
de puro tierno, cruel;
y las curiosas mugeres
pedirán nuevas de Amberes,
ó de la toma de Argel.

Pobre Catalina. Ah! nunca ha salido de aqui. (*Señalando al corazon.*) Jamas se ha apartado su imagen de mi memoria!... Y que antes de mi partida no me haya atrevido á dirigirle ni una sola palabra tierna, amorosa... Ah, necio de mi!... (*Retorciéndose los bigotes.*) A fé que ahora no será lo mismo. Siete años de servicio en un regimiento de caballería, enseñan á conocer el mundo... y el caballo.

## ESCENA VII.

JUAN LUIS. MADARÉ.

(*Este último saca una botella y dos vasos. Se sientan ambos á la mesa; Juan Luis á la derecha del espectador.*)

*Madaré.* (*Echando vino.*) Probad de este Burdeos, á ver si os gusta.

*Juan.* (*Despues de beber.*) Es escelente. Parece vino de Borgoña.

*Madaré.* Sin duda vais con licencia temporal, eh?

*Juan.* Sí; voy á pasar seis meses en mi pueblo.

*Madaré.* Y está cerca de aqui?

*Juan.* Diez leguas. Soy natural de Bouvincourt.

*Madaré.* Y teneis alli parientes?

*Juan.* Solo una hermana; si es que está en él todavía.

*Madaré.* Qué, no sabeis?...

*Juan.* No tal. Ni tampoco si está otra persona, á quien no amo menos que á ella. Catalina... la muchacha mas graciosa!... Cuando partí en 1826, ya rayando en los veintidos años, tenia ella quince... y era tan linda!... Blanca como la nieve; ojos azules; cabellos negros... lo que se llama una criatura perfecta; capaz de abrasar á un regimiento de dragones; y en medio de eso, una honestidad, un talento... (*Bebe.*) A vuestra salud.

*Madaré.* (*Bebiendo.*) A la vuestra.

*Juan.* Viviamos puerta con puerta; á un cuarto de legua; por esta razon iba á verla á menudo: siempre que mis quehaceres me lo permitian: porque yo fui labrador antes que soldado; y á fé que estos dos oficios valen tanto como cualquiera otro, sea dicho de paso, y sin que os ofendais, porque tambien aprecio á los posaderos.

*Madaré.* Qué, pensais que yo no he servido? Si tal; y he hecho varias campañas, y todas gloriosas.

Pues yo tambien con teson
en mi juventud feliz,
por la francesa nacion
combatí como un leon
en Rívoli y Austerlitz.

*Juan.* Famosas batallas por cierto. Yo me he encontrado en las tomas de Argel y de Amberes: aunque no tienen comparacion con las acciones que citais, sin embargo, tambien en estas sacudieron y bien; y sino, aqui está la prueba. (*Mostrando el brazo.*) Tengo en él una herida que recibí de un beduino que no volverá á hacer otra.

*Madaré.* Una herida!... Tambien yo las tengo, y honrosas.
Las recibí luchando ardientemente
batiéndome por el emperador.

*Juan.* Y yo en Africa y Bélgica igualmente
combatí por la Francia y el honor.
*Madaré.* Veterano feliz de la victoria...
*Juan.* Inscrito en filas de guerreros fieles...
*Madaré.* (*Se levanta y hace un saludo militar.*)
Respeto de los jóvenes la gloria...
*Juan.* (*Imitándole.*)
Acato, veterano, tus laureles.

(*Se sientan.*) Pues como os iba contando con respecto á Catalina, pasaba toda la semana trabajando al lado de su madre, y el domingo bailaba en la plaza del pueblo, siempre conmigo por supuesto; y eso con el permiso del señor cura; escelente sugeto, que habia sido antiguo capitan de cuerpos francos, y habia tomado el curato á modo de retiro. Bailábamos que nos las pelábamos. Yo no sé dónde teniamos piernas... jamas nos cansábamos.

*Madaré.* (*Sonriendo.*) Y durante el baile, no dejariais de decirle algunos chicoleos á vuestra Catalina.

*Juan.* Nada de eso: entonces no era yo militar; cuando estaba á su lado me hallaba cortado, y sin encontrar palabras que decirla. (*Con naturalidad.*) Pero la echaba unos ojos!... Cuando para obedecer la ley partí con los demas reclutas, mi pobre Catalina lloraba á lágrima viva, sin que nada pudiese consolarla, ni aun las promesas que la hacia de volver pronto á su lado... y ya estoy aqui... Muy pronto no ha sido... Siete años... Pero vuelvo dispuesto á cumplirle mi palabra.

*Madaré.* Y ella os cumplirá la suya?

*Juan.* Oh! sí, no lo dudo. Era muy buena muchacha... (*Cogiendo la botella vacía.*)
Pero se apagó esta vela,
y es cosa que no me cuadra;
veamos, cabo de escuadra,
relevad la centinela. (*Da la botella á Madaré.*)

*Madaré.* Allá voy, mi sargento. (*Al tiempo que Madaré va á salir entra Julio.*)

## ESCENA VIII.

DICHOS. JULIO.

*Julio.* Madaré, Madaré.
*Madaré.* Qué quieres?
*Julio.* Te buscaba para jugar contigo un rato.
*Juan.* Qué hermoso es el rapazuelo!
*Madaré.* Es el hijo de una señora jóven que llegó anoche á mi posada, y que parece muy desgraciada. (*Se oye llamar en dos cuartos distintos de la posada.*) Ya empiezan á levantarse los huéspedes. Perdonadme, camarada, os dejo un momento; pues como suele decirse, «el ojo del amo...» Al instante vuelvo.
*Juan.* Id con Dios.

## ESCENA IX.

JULIO. JUAN LUIS.

*Juan.* Por qué sales solo de casa?
*Julio.* Dormía mamá... Salí al corredor, bajé al portal, y luego me he perdido.
*Juan.* No te dé cuidado. Acércate.
*Julio.* (*Con sequedad.*) No.
*Juan.* Cómo que no?... Yo te mando que te acerques.
*Julio.* (*Alejándose como un niño mimado.*) No, no.
*Juan.* Habráse visto este compendio de tambor mayor qué voluntarioso es! Qué, te doy miedo?
*Julio.* Sí; no quiero á los soldados, porque son malos.
*Juan.* Diantre! Y quién te ha dicho eso?
*Julio.* A mamá tampoco le gustan. Cuando ve á uno llora.
*Juan.* (*Conmovido.*) Será acaso la viuda de un camarada. Y tu padre?
*Julio.* Papá?
*Juan.* Sí; dónde se halla? No está con tu madre?
*Julio.* No: nunca viene con nosotros.
*Juan.* (*Le mira con gran interes.*) No hay duda... murió, y la vista de un uniforme renueva su herida... (*Mirando al niño.*) Huérfano de un soldado... ven acá, picaruelo; dame un beso.

*Julio.* (*Retrocediendo.*) No, que tienes bigotes, y pican.
*Juan.* No tal: ven á verlo. (*Julio se acerca con timidez y haciendo aspavientos, hasta que Juan Luis le coge la mano.*)

Hermoso el chicuelo es;
acércate y menos guiños,
que estos bigotes que ves
son de un soldado francés
que no hace la guerra á niños.

(*Juan Luis cogiendo á Julio lo coloca sobre sus rodillas y lo acaricia. Julio le toca el bigote*).
*Julio.* Ah! No pican; ni hacen daño.
*Juan.* (*Acariciándole.*) No te lo decia yo?...

## ESCENA X.

JUAN LUIS. JULIO. LUISA.

*Luisa.* (*Desde la posada.*) Julio, Julio. (*Julio da un salto y se baja de las rodillas del sargento, y va al encuentro de su madre, que sale ahora.*)
*Julio.* Aqui estoy, mamá.
*Luisa.* (*Sin ver á Juan Luis.*) Y por qué habeis salido del cuarto sin mi permiso, señorito?
*Julio.* Mamá, perdon: estaba con este soldado, que no es malo. (*Se dirige hácia el sargento y le enseña á su madre, que repara en él.*)
*Juan.* (*Mirando á Luisa.*) Ese metal de voz... esas facciones...
*Luisa.* (*A Juan Luis.*) Disculpad mis temores; el corazon de una madre se alarma tan facilmente...
*Juan.* Cuanto mas la oigo y mas la miro... No hay duda, es Luisa.
*Luisa.* (*Sorprendida.*) Me conoceis?... Sabeis mi nombre?
*Juan.* Si lo sé! (*Acercándose.*) Pues qué, siete años mas, unos bigotes y un uniforme, tanto me han desfigurado?
*Luisa.* (*Como recordando alguna cosa.*) Ah! si... me parece... seriais acaso...
*Juan.* Juan Luis.
*Luisa.* Hermano mio!
*Juan.* Querida hermana!... (*Se abrazan tiernamente.*)

*Julio.* (*Tirando del vestido de su madre.*) Es este papá?
*Luisa.* (*Obligándole á callar.*) No. (*El niño jugando de un lado á otro desaparece al cabo de un rato.*)
*Juan.* Pero cómo has crecido, y qué linda estás!... (*Alegremente.*) Has aprovechado el tiempo. Bien puede uno envanecerse de tener una hermana que parece una señora... y señora como se ven pocas en los regimientos. (*Mirándola con ternura y cogiéndola la mano.*) Mi querida Luisa!... No me canso de mirarte. (*Con familiaridad.*) Pero antes de todo, eres dichosa?
*Luisa.* (*Suspirando.*) Dichosa!
*Juan.* Es decir, lo has sido? Porque despues de lo que me ha dicho mi sobrino... (*Luisa baja los ojos y procura ocultar sus lágrimas.*) Vamos, vamos, no hay que afligirse tanto... Qué diantre!... No estoy aquí yo, dispuesto á servir de padre al muchacho... Porque el suyo, segun lo que he llegado á colegir por sus palabras y por tu afliccion, está allá... (*Señalando al cielo.*) En el cuartel general.
*Luisa.* (*Con candidez.*) No soy viuda.
*Juan.* Tanto mejor. Estará ausente; eso no debe afligirte; su cuñado está en su lugar. Si todos tus temores se reducen á eso solo, y si las charreteras de tu marido fueran de estambre, facilmente se arreglaria el asunto... te diria yo... «querida Luisa, estoy en vísperas de obtener mi licencia absoluta, venga el número de tu marido; daba una media vuelta á la derecha, y marchaba á servir de nuevo, como su sustituto... (*Cogiéndole la mano.*) Y su amistad y la tuya serian el premio de mi enganche.
*Luisa.* (*Conmovida.*) Ah, Juan Luis!
*Juan.* Y qué no haria yo por mi hermana; por mi Luisita, á quien siempre he amado tanto!
*Luisa.* (*Como antes.*) Qué consoladoras son tus palabras! Qué bálsamo tan dulce derraman sobre las llagas abiertas de mi corazon!
*Juan.* (*Con viveza.*) Tienes penas? espero que tu marido no será la causa... Oh, de otra manera, (*Señalando al sable.*) se las habria con este amigo.
*Luisa.* (*Haciendo un esfuerzo.*) Conozco que es preciso confesarlo todo. No soy casada.

*Juan.* (*Sorprendido.*) Cómo, Luisa, no estais casada?...

*Luisa.* (*Con viveza.*) Ah, hermano mio! no me condenes sin oirme.

*Juan.* Con que no estais casada!... Ah! plugniese al cielo que una bala de cañon me hubiera despedazado antes que esa palabra hubiese salido de vuestra boca. (*Cruzándose de brazos y con indignacion.*) No estais casada!

*Luisa.* (*Suplicando.*) Ah, hermano mio!... Si supieses...

*Juan.* (*Despues de mirar á su hermana.*) Es muy justo. (*Con dulzura.*) Hago mal en acusarte, cuando quizá no deberé hacer sino compadecerte y vengarte.

*Luisa.* (*Tímidamente.*) Tú saliste de Bouvincourt.

*Juan.* (*Con un poco de dureza.*) Ha hecho siete años por San Juan.

*Luisa.* Yo tenia entonces...

*Juan.* Quince...

*Luisa.* Y era...

*Juan.* (*Con severidad.*) La muchacha mas modesta del canton de Vismes.

*Luisa.* Al poco tiempo de tu partida hubo alguna conmocion en el lugar...

*Juan.* A causa de la carestía del trigo. Ya lo supe.

*Luisa.* Con este motivo, enviaron un destacamento de la guarnicion de Abbeville. Los amotinados no quisieron rendirse; se batieron, y hubo muertos y heridos por ambas partes. En el número de los últimos (*Baja un poco la voz.*) se hallaba un oficial jóven, que fué recogido por mi padre, y al cual prodigamos los mayores cuidados...

*Juan.* (*Con viveza.*) Y él en recompensa!... (*Con furor reconcentrado.*) Ah! eso es indigno de un militar.

*Luisa.* El pérfido, por su honor
me juraba eterno amor;
que era su bien me decia;
que si yo no consentia
unir la suya á mi suerte,
se daria cruda muerte...

*Juan.* (*Acalorado.*) Tú creiste sus engaños?...

*Luisa.* (*Con candor.*) Tenia diez y seis años.

*Juan.* Y con tan vil artificio,
quizá un seductor de oficio...

*Luisa.* Me engañó, me perdió... sí...
pero su cómplice fuí;
que locamente le amaba,
y mi amor no le ocultaba...

*Juan.* (*Colérico.*) Y sin precaver los daños...

*Luisa.* (*Con sencillez.*) Tenia diez y seis años.

*Juan.* (*De mal humor.*) Tiene razon: á esa edad no se sabe nada en los pueblos, cuando en las ciudades...

*Luisa.* Eduardo me propuso un casamiento secreto. Esta sortija de su madre fué el anillo nupcial y la prenda de su amor. Yo, crédula é inocente, era dichosa; mas una orden repentina le obligó á volver á sus banderas, y marchó, dejando en casa la mayor parte de sus efectos, porque debia volver en breve.

*Juan.* (*Con amarga ironía.*) Y no volvió!...

*Luisa.* Pronto conocí toda la estension de mi desgracia.

*Juan.* Infame!... Oh! Yo le descubriré!... Hacer traicion á la hospitalidad... seducir á una niña... robarnos el honor... lo que tenemos de mas caro los pobres... Pero yo sabré hacerme justicia.

*Luisa.* Obligada á abandonar la casa paterna, nuestro buen cura me dirigió á una señora anciana que habitaba una quinta cerca de Lyon, la cual me acogió con suma benignidad, y me trató como á hija, haciéndome educar con el mayor esmero.

*Juan.* Ya se conoce; solo con oirte hablar...

*Luisa.* Algunos meses antes de morir me habia adoptado.

*Juan.* Sin duda valida de la ley que permite crearse una familia con los hijos del vecino.

*Luisa.* Me dejó por su heredera; pero con la condicion de tomar su nombre y trasmitirlo á mi hijo.

*Juan.* (*Descubriéndose.*) Muger virtuosa!... Ah! Dios la cuente dobles sus años de servicio.

*Luisa.* Pero acabo de saber que existe un pariente lejano de Madama de Mauriene, cuya fortuna es muy mediana. He mandado que le escriban con el fin de que se apersone en Abbeville, en la escribanía de Mr. Durand, el cual está encargado de entregarle la mitad de la herencia.

*Juan.* (*Tomándole la mano.*) Ah! ese rasgo de generosidad es muy propio de tu buen corazon. (*La deja y

*dice á media voz:*) Si yo hubiese estado á su lado... pero nada perderá en esperar... (*Se acerca á ella.*) Yo averiguaré el regimiento que estuvo de guarnicion en Abbeville hace seis años, y aun el nombre del oficial que mandaba el destacamento: descúbralo yo, y aunque se halle en Ancona, en Marsella, ó en la isla de Ré... (*Hace ademan de ponerse en guardia.*)

*Luisa.* (*Con viveza.*) Ah! no, hermano mio, no permitiré jamas que espongas asi tu vida.

*Juan.* (*Con gravedad.*) El honor es la religion de los militares; y Eduardo, á pesar de su mayor graduacion, no me ha de enseñar á observarla.

*Luisa.* (*Tratando de apaciguarle.*) Quizá no sea tan culpable.

*Juan.* Allá veremos.

*Luisa.* Quién sabe si existirá?

*Juan.* Si ha muerto... es lo mejor que ha podido hacer... En ese caso, tomo mi licencia, y permaneceré siempre á tu lado, sin abandonarte ni un instante. Enseñaré el ejercicio al muchacho... y en cuanto á los zánganos que zumben en derredor tuyo, (*Mostrando el sable.*) aqui tengo yo con que cortarles las alas.

*Sauval.* (*Desde dentro.*) Que den un pienso á los caballos, interin componen la rueda; pero pronto, pues tengo priesa.

*Juan.* Parece la voz de mi coronel.

*Luisa.* (*Con prontitud.*) Un forastero... Me vuelvo al lado de mi hijo... (*Va á entrar en la posada, se vuelve, y tiende la mano á su hermano.*) Juan Luis, hermano mio, luego partiremos juntos. (*Sauval sale mirando á Luisa, que precipitadamente se ha entrado en la posada. Juan Luis la sigue con la vista.*)

## ESCENA XI.

SAUVAL. JUAN LUIS.

(*Sauval mirando siempre hácia al lado por donde se ha ido Luisa.*)

*Sauval.* Decid, dista mucho de aqui Abbeville?

*Juan.* (*Volviéndose.*) Tres leguas mortales, mi coronel.

*Sauval.* (*Reconociéndole.*) Ah! eres tú, sargento?... Ya caigo: sin duda está cerca tu pueblo, para donde pediste la licencia temporal. Oyes, estabas con una muger que no debe de ser nada bonita.

*Juan.* (*Con sequedad.*) Y por qué pensais?...

*Sauval.* La precipitacion con que se ha ido...

*Juan.* Lo ha hecho porque no es nada coqueta; tenia los ojos arrasados en lágrimas...

*Sauval.* (*Sonriendo.*) Si es asi, no me admiro. Sin embargo, es desagradable para un militar poner en precipitada fuga á las hermosas, con solo presentarse; aunque en ocasiones suele ser el artificio de que se valen para mejor atraernos.

Es la que huye parecida
á la flor, que misteriosa
entre el follage escondida,
aparece mas hermosa
incitando á ser cogida.

*Juan.* No obstante, mi coronel, no os aconsejaría yo que tratáseis de coger esa flor... tiene muchas espinas... No debeis maniobrar por esa parte, pues de nada servirian vuestra táctica ni vuestras municiones.

*Sauval.* De veras?... Es una virtud á prueba de bomba?

*Juan.* (*Reprimiéndose.*) Y tan inespugnable como la ciudadela de Amberes.

*Sauval.* (*Sonriendo.*) Y sin embargo la tomamos.

*Juan.* (*Con seriedad.*) En fin, lo que hay de cierto es que la que acabais de ver es una muger honrada y virtuosísima; y que si hay dos personas en el mundo á quienes yo ame y estime, ella es la una, y vos, mi coronel, la otra.

*Sauval.* (*Alargándole la mano.*) Cuanto he dicho es una chanza, y no debes formar queja ninguna.

*Juan.* Qué es formar queja?... Voto va!... En mi corazon no cabe el rencor; está ocupado todo por el agradecimiento. No os acordais de Cazauba... á no ser por vos, ya Juan Luis no existiria.

*Sauval.* A un buen soldado debe conservársele á toda costa.

*Juan.* Y esta cruz que os debo.

*Sauval.* No la debes sino á tí mismo: para ganarla te batiste como un leon.

*Juan.* No hice sino cumplir lo que el deber me imponia. Mataba como soldado, mas con los que sucumbian me mostraba siempre magnánimo y generoso.

Es en la guerra matar
la primera obligacion;
pero mostrar compasion
y al vencido perdonar,
tambien manda el corazon.
Si combatí con fiereza,
y con heróica pujanza,
socorria con nobleza,
que no manda la ordenanza
ir contra naturaleza.
Qué fementido cobarde
verá un vencido á sus pies
que no le proteja y guarde?
Oh! no es soldado francés
el que de tigre hace alarde.

*Sauval.* Espero que aun haremos juntos algunas campañas. Voy á dar un vistazo al carruage. Necesito darme prisa; me aguarda el ministro de la Guerra en Paris pasado mañana, y es hombre de poca espera.

*Un postillon.* (*Entrando.*) El coche está pronto.

*Sauval.* Bien. A Dios, sargento. Hasta mas ver.

*Juan.* Mi coronel, buen viaje. (*Vase Sauval.*)

## ESCENA XII.

JUAN LUIS.

(*Viendo partir al coronel.*) Hé ahí la prez de los valientes; y luego, qué hermosa voz para el mando! Cuando dice (*Imitándole.*) «Escuadron,» se le oye desde una legua. Ademas, es el modelo de los coroneles por lo que hace á cortesía, y muy celoso por la disciplina y el aseo. Sus dragones van siempre de veinticinco alfileres, que parecen damiselas; pero en medio de eso, si hay que ir á las balas, entonces se ve lo que es el regimiento. Soldados franceses, y está todo dicho.

## ESCENA XIII.

JUAN LUIS. LUISA. *Despues* PEDRO.

*Luisa.* (*Recorre la escena con desasosiego.*) Ay Dios mio! no se le halla en ninguna parte de la casa, por mas que le hemos buscado por toda ella. (*A su hermano.*) Le has visto tú?

*Juan.* Pero á quién?

*Luisa.* A mi hijo.

*Juan.* Ahi estaba hace poco.

*Luisa.* (*Afligida.*) Ay! mi hijo! No puede estarse quieto en ningun lado. Qué será de él? (*A Pedro, que sale.*) Y bien, se le ha encontrado?

*Pedro.* No señora, nadie le ha visto.

*Luisa.* (*Suplicándole.*) Ah! por piedad, corred vos, que conoceis el lugar; corred, y buscadle por todas partes.

*Pedro.* A qué nombre responderá?

*Luisa.* Julio. Ah! Estoy en brasas... Corred, corred.

*Pedro.* Ya voy, ya voy. (*Vase gritando.*) Julio, Julio.

*Juan.* (*A Luisa, que se desespera.*) No hay motivo para eso... Un chico de cinco años no se pierde como un pañuelo.

*Luisa.* Si no parece, me muero.

*Juan.* El parecerá, sosiégate.

*Luisa.* Que me sosiegue... Ah! poco conoces el corazon de una madre; poco sabes todos los peligros que teme, y que le representa su imaginacion estando su hijo ausente... No descansa, no existe... Ah, Julio mio!... él era mi solo bien, mi vida. Habia concentrado en él todos mis afectos, y si le perdiese...

*Voces fuera.* Socorro, socorro.

*Luisa.* (*Horrorizada.*) Dios eterno! Y ese criado que no vuelve!...

*Juan.* Por Dios, Luisa. (*Dos paisanos de los que pasaron en la escena primera, vuelven del mercado. Juan Luis se dirige á ellos.*) Qué novedad ocurre?... Qué va á ver esa turba de curiosos?...

*Un paisano.* (*Sin detenerse.*) No es nada: un niño que se ha caido al rio.

*Luisa.* Un niño!... Ah! Es mi hijo... (*Se precipita para ir á verle, y Juan la contiene.*)
*Juan.* Adónde vas?
*Luisa.* En nombre del cielo, no me detengas...
*Muchas voces fuera.* Aqui está, aqui está... Se ha salvado.
*Luisa.* Ah!!!

## ESCENA XIV.

LUISA. PEDRO. JUAN LUIS.

*Pedro.* No hay que temer. Ya no hay peligro.
*Luisa.* (*Dando un grito de dolor.*) Ah! Era mi hijo.
*Pedro.* Aqui está ya el nadador.

## ESCENA XV.

PEDRO. LUISA. JULIO. JUAN LUIS. *Un hombre que trae el niño en los brazos, y algunos aldeanos.*

*Luisa.* (*Sale á su encuentro.*) Querido Julio... Hijo mio... (*Le coge en brazos, y le besa y le acaricia con la mayor efusion.*) Picaronazo!... (*Llorando de alegría.*) Cuántos pesares das á tu madre.
*Un aldeano.* Pues el que le ha sacado está peor que él.
*Luisa.* Quién ha sido?
*Un aldeano.* Un caballero que bajó de un coche, y se arrojó vestido al rio, ni mas ni menos que lo hubiera hecho para salvar á un príncipe.
*Luisa.* (*Con ansiedad.*) Pero tambien él se ha salvado, no es verdad?
*Un aldeano.* No me atreveré á asegurarlo, porque se ha herido... Aqui le traen.

## ESCENA XVI.

JUAN LUIS. SAUVAL, *desmayado en brazos de algunos aldeanos.* LUISA. JULIO. *Paisanos de ambos sexos.* (*Los aldeanos que conducen á Sauval le sientan en una silla, inmediato al proscenio.*)

*Juan.* Cielos!... Qué veo! Mi coronel.

*Luisa.* Voy por éter. (*Entra en la posada.*)

*Juan.* (*A los aldeanos.*) A la espalda. El aire es lo esencial. Le quitaremos el corbatin, para que pueda respirar mas libremente. (*Lo hace.*)

*Luisa.* (*Vuelve con un pomito, y al ir á aplicarlo á la nariz del coronel, le reconoce.*) Cielos! Eduardo!

*Juan.* (*Sorprendido.*) Eduardo!

*Luisa.* Sí, él es. (*Juan Luis se manifiesta anonadado por el reconocimiento de su hermana.*)

*Luisa.* (*Continúa prestando ausilios al coronel.*) Dios mio!... Dios mio! (*Arrodillándose.*) Oye mis plegarias, y conserva la existencia al que se la ha salvado á mi hijo. (*Luisa está á la izquierda de Sauval; Juan Luis á la derecha permanece inmóvil.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un cuarto de una casa pobre: muebles viejos; diversos dibujos en marcos de madera negra adornan las paredes; á la derecha una mesa con papeles y lapiceros; á la izquierda y sobre una silla, un uniforme de teniente. En el fondo un bufete. A la izquierda un gabinete.

## ESCENA PRIMERA.

LUISA. CLARITA.

(*Luisa está escuchando junto á la puerta del gabinete; Clarita, subida en una silla, cuelga un dibujo de la pared.*)

*Luisa.* (*Acercándose á Clarita.*) No hagas ruido... Cuidado, que está durmiendo, y tiene un sueño muy ligero.

*Clarita.* (*Bajándose de la silla.*) Ya he concluido. Dime, prima, no es cierto que ha quedado muy desmejorado?... Ya se ve, con veinte dias de calentura y delirio... Y va á salir hoy por fin á dar una vuelta?

*Luisa.* (*Tristemente.*) Por mi hijo ha espuesto su vida. Ah! esta sola accion me hace perdonárselo todo.

*Clarita.* Ayer cuando le entré la primera taza de sémola que ha permitido el médico que se le dé, estaba tan embobado... y abria unos ojazos!... y todo esto sin hablar ni una sola palabra, como si no supiese dónde se hallaba.

*Luisa.* A Dios gracias, ya ha pasado el peligro; pero aun está muy débil.

*Clarita.* Toma, yo lo creo. Como que ha estado tres se-

manas á caldos... y no es seguramente mucho alimento para quien está acostumbrado á buenas tajadas.

*Luisa.* Nos ha asegurado el médico que poco á poco conseguirá recobrar las perdidas fuerzas y el conocimiento.

*Clarita.* Pues mucho me temo que suceda todo lo contrario.

*Luisa.* Por qué?

*Clarita.* (*Con seriedad.*) Porque estamos conspirando para volverle loco.

*Luisa.* (*Sonriéndose.*) Lo crees asi?

*Clarita.* Cuando se levante y se encuentre en el mismo cuarto que habitó hace seis años, con los mismos objetos que vió y dejó en él...

*Luisa.* (*Sonriendo y señalando el uniforme que está en la silla.*) Hasta su uniforme de teniente.

*Clarita.* (*Señalando la mesa.*) Y todos esos trebejos que debia haber enviado á buscar... Va á creer que le han hechizado. En fin, me parece que puedes contar con el buen éxito de tu proyecto.

*Luisa.* Ah! qué dichosa fuera yo si al recobrar la memoria me volviese su amor!

*Clarita.* Aunque me temo que la sorpresa que debe causarle, le ocasione una recaida.

*Luisa.* Si fuese en su antiguo cariño, no intentaria yo ciertamente curarle. Mas dime, has colocado junto á su cama...

*Clarita.* Una levita que he encontrado en la maleta suya que teniamos en casa.

*Luisa.* Y en la levita?...

*Clarita.* Oh! tranquilízate, no he olvidado nada; pero es mucha casualidad que sea justamente el sobrino de aquella marquesa que tuvo la generosidad de dejarte por su única heredera.

*Luisa.* En su casa jamas se pronunciaba el nombre de aquel, y estaba yo muy lejos de creer que escribiendo al señor baron de Sauval, era á Eduardo á quien me dirigía.

*Clarita.* Si no hay pais como el mundo para los acontecimientos estraordinarios.

*Luisa.* Has buscado bien el retrato de mi hijo?

*Clarita.* Sí; pero no le he encontrado.

*Luisa.* Es particular.
*Clarita.* Quizá te le habrás dejado olvidado en la posada, ó perdido en el camino.
*Luisa.* Mandaré hacer otro. (*Con sentimiento.*) Pero aquel se parecia tanto!...

## ESCENA II.

DICHAS. JUAN LUIS.

*Juan.* Buenos dias, Luisa. (*Luisa se acerca á él, que la abraza y mira sus ojos.*) Apuesto á que tampoco te har acostado esta noche.
*Luisa.* He dormido sobre una silla, y ya ves que no tengo trazas de estar muy cansada.
*Juan.* (*De mal humor.*) Ya es tiempo de que todo se acabe. El médico me ha dicho que su enfermo se levantará hoy un rato, y pardiez que voy á ajustar con él una cuenta sin dilacion.
*Luisa.* (*Vivamente.*) Juan Luis, te vuelven á asaltar aquellas negras ideas? Piensas todavía en...
*Juan.* (*Severamente.*) Pienso en obrar como buen hermano, y como hombre de bien; y en descargar por un momento el peso de la gratitud en el suelo del olvido.
*Luisa.* (*Con vehemencia.*) No, no lo permitiré. (*Con dulzura.*) Si yo te espusiera á algun riesgo, hermano mio, sería la mas culpable de todas las mugeres.
*Juan.* Reclama satisfaccion
nuestra honradez ofendida...
*Luisa.* No, que ha salvado la vida
al hijo del corazon.
*Juan.* (*Con viveza.*) Y qué importa?... Su traicion
pide venganza terrible,
y hace el perdon imposible...
*Luisa.* (*Interrumpiéndole.*) Si la madre perdonó
y su perfidia olvidó,
será la amante inflexible?
*Juan.* Perdonar?... Las mugeres no saben hacer otra cosa. En fin, es menester que se esplique hoy conmigo categóricamente.

*Luisa.* (*Con ternura.*) Pero, hermano mio, todavía eres militar, estás bajo sus órdenes y es tu gefe.

*Juan.* Todos los hombres son iguales... delante de una pistola.

*Luisa.* (*Turbada.*) Un duelo!... Entre mí hermano y el padre de mi hijo! Eso sería horrible!... Y por cuál de los dos haria yo votos que no fueran sacrílegos?... Cuál de los dos se atrevería á presentarse á mí manchado con la sangre del otro?... Juan Luis, en nombre del cielo!... Sería una cobardía cuando apenas ha entrado en su convalecencia.

*Juan.* No abusaré de su debilidad. Pero nos pondremos de acuerdo y fijaremos el dia.

*Luisa.* Y si conservase aun mi imagen en el fondo de su corazon?... Si amase todavía á tu hermana, y no hubiese olvidado sus juramentos?

*Clarita.* Sí tal, señor Juan Luis, hay gentes que tienen la manía de ser fieles, y en el número puede que se halle algun oficial tocado de esa enfermedad.

*Juan.* Yo no entiendo de esas tonterias, ni conozco mas medio de arreglar este asunto que uno. «Os quereis casar con mi hermana, sí, ó no? — Sí. — Ahi la teneis. — No. — A batirnos.»

*Luisa.* Los hombres no ceden á las amenazas, y tu lenguage paralizaría las mejores intenciones. (*Con dulzura.*) Hermano mio, prométeme no tratar de hablarle en algunos dias.

*Juan.* No, no; ya he esperado bastante tiempo.

*Luisa.* Yo te lo suplico; no destruyas los proyectos que he formado. Eduardo está muy débil todavía; una enfermedad tan larga, tan peligrosa, ha trastornado su cabeza, y confundido sus ideas. Déjame herir su imaginacion, y despertar en él sentimientos que tal vez no ha olvidado enteramente.

*Juan.* Si consigues lo que deseas, tanto mejor; pero no puedo prometerte nada; haz lo que quieras, que yo haré lo que me parezca; y para comenzar, voy á echar abajo estos largos bigotes.

*Clarita.* Ay Dios!... Qué lástima!... Pues si os estan tan bien!...

*Juan.* El sacrificio no es muy grande ahora que todo el mundo los lleva.

Pues ya todo monigote,
desde el mas rico banquero
hasta el último barbero,
con perilla y con bigote
se da tono de guerrero.

*Clarita.* (*Escuchando junto al gabinete.*) Oigo ruido!... Ay Dios mio!... Ya se ha levantado!

*Juan.* (*Adelantándose.*) Se ha levantado!

*Luisa.* (*Acercándose á él.*) Silencio. (*Alargándole la mano.*) Y bien...

*Juan.* Te lo repito; pon por obra tu plan, y plegue al cielo que tenga feliz éxito. (En cuanto á mí, quedo en observacion con el arma preparada.)

*Luisa.* Pues bien; salgamos ahora de aqui. Mucho me pesa tener que atormentar al pobre Eduardo!...

*Clarita.* Viene hácia esta sala.

*Juan.* (*A Luisa.*) Si no lograse triunfar
de su perfidia el amor,
mi deber he de olvidar,
y con su sangre lavar
la mancha de nuestro honor.

(*Se van poco á poco: Sauval aparece en la puerta del gabinete.*)

## ESCENA III.

SAUVAL.

Ah!... (*Da algunos pasos con dificultad.*) Qué trabajo me cuesta andar!... Sin duda la falta de ejercicio... (*Anda otro poco.*) Sí, porque ya me siento algo mas fuerte. (*Se apoya en el respaldo de una silla, y se pasa la mano por la frente.*) Sin embargo, parece que aun cubre un velo mis ojos... tengo muy débil la vista. (*Reflexionando.*) Desde cuándo estoy aqui?... Quién me ha traido?... De nada me acuerdo. (*Dirigiendo una mirada al cuarto, sin mucha atencion.*) Me parece que esta sala no me es del todo desconocida. (*Como recordando.*) Conservo una idea confusa... y ademas, esta mañana ó ayer... no sé bien cuándo fué... he creido ver, ó he visto á mi lado una muger... dos... que me prodigaban los mas tiernos cuidados.

Una muger en el suelo

es un angel, que el Señor
para aliviar el dolor,
mandó piadoso del cielo.
Es bálsamo de consuelo
para el corazon herido
por la desgracia nutrido:
con su benéfico aliento,
nos inunda de contento
y hace olvidar lo sufrido.

(*Se sienta cerca de la mesa, y toma maquinalmente un lapicero con el que juega: despues le mira y queda sorprendido.*) Cómo!... Este lapicero... (*Le examina.*) Es mio!... Por qué acaso habrá venido á parar aqui? (*Mirando la mesa.*) Qué veo!... Esos papeles... esos dibujos comenzados... son mios!... sí, son las copias que hice del bosque de Cagny, en donde hallé por primera vez á aquella muchacha de quien estuve enamorado. (*Buscando otros.*) Aqui está tambien delineado el retrato de su padre... y la entrada de la adquería de San Jorge, adonde ibamos á pasar los domingos... Quién ha podido reunir todo esto? (*Vuelve la cabeza, y mirando bien la habitacion, la reconoce.*) Es un sueño? Una fascinacion? (*Queda como confundido en sus cavilaciones; luego vuelve á examinar los papeles.*)

## ESCENA IV.

SAUVAL. LUISA, *de aldeana, entra talareando.*

*Sauval.* (*Viéndola entrar.*) Gran Dios!... Qué veo!... Luisa!... (*Atónito.*) Luisa!!... (*Acercándose á ella.*)

*Luisa.* (*Naturalmente.*) Si, sí, yo soy. Qué tiene esto de particular? Habia querido manifestarme contenta como ayer, para daros gusto, y parece que ahora os asustais.

*Sauval.* (*Siempre admirado.*) Cómo!... Ayer!...

*Luisa.* (*Acariciándole.*) Vamos, no seais rencoroso... Aun os acordais de nuestra riña de anoche?

*Sauval.* De anoche?...

*Luisa.* Pues bien, yo soy muy bondadosa... (*Suspirando.*) Oh!... demasiado!... Os perdono.

*Sauval.* El qué?

*Luisa.* Sí, os perdono; pero á condicion de que no me hareis impacientar mas, y de que no me direis aquellas palabras que me deslumbran, que no entiendo, y á que no sé responder.
*Sauval.* Sí, sí... ella es... es Luisa!... Pero cómo es que se encuentra aqui?... Dónde estoy?
*Luisa.* Pues... desvariando como siempre... Todavía no estais bien despierto. Preguntais que dónde os hallais? Teneis mas que verlo, y recobrareis la memoria al instante?...
*Sauval.* (*Mirando á todas partes.*) Sí, hé aqui los muebles que he visto otras veces; los cuadros, la mesa coja, el banquillo...
*Luisa.* (*Enseñándole el uniforme.*) Y vuestro uniforme, que Santiago ha cepillado, como de costumbre.
*Sauval.* Mi uniforme!... (*Va á la silla, toma el uniforme y lo desdobla.*) Cómo!... Es este?...
*Luisa.* Pues cuál ha de ser?... Creeis que os lo han cambiado?... Bien sabeis que no hay en casa otro militar sino vos.
*Sauval.* Pero esas charreteras de teniente no son las mias.
*Luisa.* Sí señor.
*Sauval.* No por cierto.
*Luisa.* (*Impacientándose.*) Os digo que sí. (*Con ternura.*) Vamos, sed amable, que lo sois cuando quereis: os van á traer vuestro desayuno.
*Sauval.* Mi desayuno?...
*Luisa.* Pues qué, tambien os habeis olvidado de que teneis costumbre de desayunaros todas las mañanas?...
*Sauval.* (*Con fuego.*) Lo que yo quisiera antes de todo, Luisa, es que alguno me esplicase cómo es que yo me encuentro aqui, en esta casa.
*Luisa.* Yo os lo diré. Vinisteis con vuestro destacamento á restablecer la paz en el pais... hará esto poco mas de dos meses... Os hirieron en la cabeza, y se os ha cuidado lo mejor que se ha podido.
*Sauval.* (*Con viveza.*) Oh!... En cuanto á vuestros cuidados, me acuerdo perfectamente; pero hace mas de dos meses... Luego me marché; he viajado, y me he batido muchas veces despues.
*Luisa.* Es muy posible que hayais soñado todo eso.

*Sauval.* Soñado? Estuve en Africa... me hicieron coronel en Amberes.

*Luisa.* Vamos, ya empezais á perder la cabeza de nuevo, y dentro de poco os veremos batiros como los demas dias. (*Acercándose á Eduardo, que está estupefacto, y hablándole con dulzura.*) Calmaos, señor Eduardo; sed razonable alguna vez; bastante me habeis hablado de ejércitos y de batallas. Asi como una muchacha no sueña sino con su amor, un militar no piensa en otra cosa que en la gloria. Pero vaya, que es muy gracioso; no podeis dar una vuelta por el pueblo sin que os lleven una silla para descansar, y quereis haber estado en Suiza, en América ó en el infierno?... Esas son locuras.

*Sauval.* (*Fuera de sí.*) Luisa, hay aqui un misterio que no puedo comprender... Jamas me persuadiré de que mis campañas y mis ascensos no son mas que un sueño... Y sin embargo, todo lo que me rodea, todo lo que veo, confunde y trastorna mis ideas.

## ESCENA V.

DICHOS. CLARITA.

*Clarita.* Santiago está ocupado ahora, y yo voy á poner la mesa por él. (*Mientras que Clarita habla, Sauval se aleja mirándolo todo con la mayor incertidumbre.*) Dónde está la servilleta del señor teniente?

*Luisa.* Alli en el cajon de la mesa, la que está liada con una cinta. (*Clarita toma la servilleta y se la enseña á Luisa.*) Mañana sacaré otra limpia.

*Sauval.* (*Que ha metido la mano en el bolsillo.*) Ah!... Un papel... (*Le saca.*) Es un periódico. (*Se aleja para leerle.*) Bueno. (*Le despliega con precaucion, y lee.*) «Martes 6 de abril de 1826.» Se querrán burlar de mi?... (*Confuso.*)

*Clarita.* (*A Sauval.*) Toma; si es atrasada la Gaceta que teneis ahi... os voy á dar la de hoy. El padre Bernardo no ha querido leerla antes que vos... Como es tan cumplido el buen viejo!... (*Le da la Gaceta.*)

*Sauval.* (*Rompiendo la faja.*) «Miércoles 7 de abril de 1826.» Cómo!... Este es el número de hoy?

*Luisa.* Ya sabeis que aqui no se recibe hasta la mañana siguiente, y que durante todo el año llegan siempre con un dia de atraso.

*Sauval.* Esto es para volverse loco. (*Siéntase como abatido en la izquierda.*)

*Clarita.* Cuando la hayais acabado, se la llevaré al señor cura. (*Vase.*)

## ESCENA VI.

LUISA. SAUVAL.

(*Momento de silencio.*)

*Luisa.* (*Sentada á la derecha de Sauval.*) Muy bien, señor mio; y es todo eso lo que me teneis que decir? Chasco se lleva el que escuche nuestra conversacion. Os estorbo?

*Sauval.* (*Con bondad.*) Estorbarme vos, Luisa?... No por cierto... pero estaba pensando...

*Luisa.* En nuestro paseo de antier?...

*Sauval.* (*Sonriendo y en tono de reprension.*) Antes de ayer.

*Luisa.* Sí, es verdad... ya me lo habeis dicho diversas veces, pero es la costumbre. Sin embargo, me he enmendado mucho, pues ya no digo «haiga, ni indiferiencia,» desde que me habeis enseñado á decirlo bien. A no ser por vos cometeria hablando mil faltas de ortografía. (*Se levanta.*)

*Sauval.* Escelente muchacha!... Sí... qué lástima!...

*Luisa.* Pero sin embargo, en cuanto á palabras, las mas dulces son las mas engañosas. Por ejemplo, las vuestras.

*Sauval.* (*Vivamente.*) Las mias, Luisa? Ah! á pesar de las apariencias, nunca os he olvidado.

*Luisa.* Olvidareis en cuanto no la veais, á la pobre aldeana de Bouvincourt.

*Sauval.* Y vuestros cuidados, vuestras atenciones, vuestra infatigable bondad... porque os he dado mucho que hacer.

*Luisa.* (*Acercándose.*) Y el placer de haber ayudado á curaros, no es nada? Cuando dijo el médico: «Res-

pondo de su vida,» no sé cómo no me arrojé á su cuello, y me desmayé de contento.

*Sauval.* (*Tomándole la mano.*) Qué hermosa estariais aquel dia!

*Luisa.* (*Con candor.*) Era tan feliz!

*Sauval.* (*Dejándose llevar de un recuerdo.*) Y despues, cuando me disteis el brazo...

*Luisa.* (*Pasando su brazo por debajo del de Sauval, y haciéndole andar.*) Os decia: «apoyaos, apoyaos sin miedo.»

*Sauval.* (*Apoyándose y andando.*) Y me condujisteis á la capilla de Santa Margarita.

*Luisa.* Allí era adonde yo iba á rogar á la Vírgen durante todo el tiempo de vuestra enfermedad, y la habia prometido llevaros allá... si hubiese faltado á mi palabra, no hubiera tenido en adelante confianza en mis plegarias.

*Sauval.* Tambien hicisteis bendecir el anillo de mi madre.

*Luisa.* (*Enseñándosele.*) Vedle aqui; desde entonces no se ha separado de mí!... Y qué coronas tan bonitas haciamos á la Madre de Dios!...

Guirnaldas de frescas flores
me ayudabais á teger;
vos casábais los colores...

*Sauval.* (*Recordando lo pasado.*)
Sí... recuerdo con placer
aquellos tiempos de amores.

Fueron los mas felices de mi vida.

*Luisa.* (*Vivamente.*) De veras?

*Sauval.* (*Con ternura.*) No veia á nadie mas que á vos... me creia libre... independiente... no pensaba en el porvenir... me burlaba del mundo, y decia: «Mi Luisa es jóven, hermosa y buena: me ama tiernamente, y yo solo vivo por ella.»

*Luisa.* Eduardo!

*Sauval.* Luisa!

*Luisa.* Oh!... Qué felicidad ser amada asi!... (*Estan casi en brazos el uno del otro.*)

Embriagado el corazon
goza un sublime contento,
una dulce agitacion,

que deleita el pensamiento
y enagena la razon.
En mi delirio, bebia
de tus ojos el amor
que inundaba el alma mia
con placer devorador,
cuya inquietud bendecia.

*Sauval.* Y yo feliz, desafiaba
al caprichoso destino;
de sus leyes me mofaba,
y en ver tu rostro divino
mi felicidad cifraba.

*Luisa.* (*Con alegría.*) Gracias á Dios que os veo razonable.

*Sauval.* (*Amorosamente.*) Ahora, Luisa, vedme ya dispuesto á creer todo lo que me digais.

*Luisa.* (*Sonriendo.*) Ya no hablareis de viaje, ni de renunciar á vuestro uniforme de teniente?

*Sauval.* De teniente?... Oh!... en cuanto á eso...

## ESCENA VII.

DICHOS. PEDRO.

*Pedro.* Qué veo!... Es el coronel!...

*Luisa.* (Ah!...)

*Sauval.* (*Aturdido.*) Coronel!...

*Luisa.* (*Yéndose por la derecha.*) Todo se ha perdido.

*Sauval.* Qué es lo que has dicho? Repítelo.

*Pedro.* No lo habeis oido? Dije: «Es el coronel!...»

*Sauval.* (*Con alegría.*) Ah!... Bien sabia yo que lo era!... (*Se vuelve hácia donde estaba Luisa, y se queda sorprendido de no verla.*) Ha desaparecido!... (*Esta fuga le hace concebir sospechas, y se vuelve hácia Pedro.*) Y cómo sabes tú que soy coronel?

*Pedro.* Toma; que cómo lo sé? Pardiez, cuando os arrojásteis al rio hace tres semanas, para salvar á un niño, llevábais puesto vuestro uniforme.

*Sauval.* (*Reflexionando.*) Un niño!... (*Recordando.*) Ah!... Sí, sí, ya me acuerdo.

*Pedro.* Y fué una buena accion, que por poco no os echa á fondo. Mi amo ha sido el que os socorrió, y al veros el sargento, dijo: «Es mi coronel.»

*Sauval.* Juan Luis?... En efecto, es de estas cercanias.
*Pedro.* Estabais sin sentido, desmayado: registramos perfectamente vuestros papeles, vuestro pasaporte; todo decia que erais coronel.
*Sauval.* Y por qué me trageron aqui?
*Pedro.* Porque dijo el sargento que os asistirian muy bien, y gratis, en casa de la madre del niño á quien salvásteis la vida.
*Sauval.* La madre del niño!... Y cómo se llama?...
*Pedro.* Es la prima de Clarita, mi novia... una muchacha á quien robó, segun dicen, hace seis años, de la casa de su padre un cierto oficialito... porque los militares son tan intrépidos en el campo de batalla, como en la aldea. Ah! me habeis preguntado su nombre, no es cierto?... Pues bien, se llama Luisa.
*Sauval.* (*Admirado.*) Luisa!...
*Pedro.* Cómo! No sabiais dónde estábais? En casa de la señorita Luisa Bela... y en prueba de ello, mirad este medallon que hemos encontrado en la pieza de la posada de mi amo, donde se alojó dias pasados, y que vengo á devolverla ahora. (*Mira por la ventana.*) Y ya debe haberlo echado de menos, porque le tenia en mucho aprecio... (*Vuelve á mirar.*) Es el retrato de aquel bribonzuelo que está allá abajo en el jardin cogiendo flores.
*Sauval.* (*Mira y dice para sí:*) Como las que estaban en mi alcoba esta mañana!
*Pedro.* (*Sigue mirando.*) Y el chico es listo como un diablillo!... (*Dando el retrato á Sauval.*) Mirad su retrato. (*Se vuelve hácia la ventana.*) Cómo me gusta ver las travesuras de los chiquillos!... Me acuerdo con un placer de cuando yo las hacia!...
*Sauval.* (*Desplegando el papel.*) Cielos!... Seria este retrato... (*Lee al rededor del medallon.*) «Julio Eduardo, nacido el 26 de diciembre de 1826.» (*Con sentimiento.*) Y ni una sola palabra de reconvencion... Por toda venganza, me ha cuidado de nuevo! Oh!... Luisa, Luisa.
*Pedro.* El rapazuelo entra en la casa con un ramo de flores mayor que él... (*Se quita de la ventana y alarga la mano al coronel.*) Mi coronel, me haceis el favor...

*Sauval.* No. Yo mismo lo entregaré.

*Pedro.* Muy bien; no puede quedar en mejores manos. (*Sauval le da dinero.*) Tampoco esto puede quedar en otras mejores, mi coronel. (*Viendo llegar á Juan Luis.*) Pardiez, si todavía no estais seguro de que lo sois, aqui viene uno que os quitará toda duda... Buenos dias, señor sargento.

## ESCENA VIII.

DICHOS. JUAN LUIS.

*Sauval.* Eres tú, Juan Luis?

*Juan.* Yo mismo, mi coronel. Ayudé á trasportaros aqui, y he venido con frecuencia á informarme de vuestra salud.

*Sauval.* Ya sé que me tienes mucho cariño.

*Juan.* Habeis estado muy malo.

*Sauval.* Pero me han asistido con un celo!...

*Juan.* Dios sea loado!... Con que ya os encontrais mas fuerte?...

*Sauval.* Sí; me parece que estoy enteramente restablecido.

*Pedro.* Señor coronel, segun creo, ya no teneis necesidad de mí para que os dé conversacion. (*Sauval se sonríe.*) (Voy á dársela un rato á Clarita.) Hasta mas ver, señor coronel. (Lo recalco para darle mas gusto.) Hasta la vista, mi coronel. (*Vase.*)

## ESCENA IX.

SAUVAL. JUAN LUIS.

*Sauval.* Dime, Juan Luis, qué has hecho de tus bigotes?... un dragon no debe jamas...

*Juan.* Pero cuando ya no quiere ser dragon...

*Sauval.* Pues qué, piensas dejar el servicio?...

*Juan.* Bastante tiempo he estado en él.

*Sauval.* Y abandonarás á tus compañeros, que te aman, á tus superiores, que te estiman? Yo, que habia formado proyectos acerca de tu suerte futura... pues no me hablastes asi cuando te encontré la última vez.

*Juan.* (*Con firmeza.*) Mí coronel, quiero confiarme á vos, y tomar vuestros consejos. Si tuviéseis un sobrino, y no tuvieseis cuñado...

*Sauval.* Cómo!

*Juan.* Suponed que al partir para el ejército hubiéseis dejado en vuestra casa una hermana jóven, linda; una muchacha angelical, y que un seduc... (*Repriméndose.*) y que un hombre, haciendo traicion á la hospitalidad que habia recibido...

*Sauval.* (*Vivamente.*) Le mataria.

*Juan.* Vos le?... (*Se contiene.*)

*Sauval.* (*Sin reflexionar.*) Le diria, «tu vida ó la mia,» y uno de los dos quedaria en el campo.

*Juan.* (*Despues de manifestar su alegría con una mirada.*) Podria haber circunstancias, obstáculos.

*Sauval.* (*Vivamente.*) Ninguno... titubear es ya una debilidad.

*Juan.* Si el mismo hombre que os ha hecho tanto mal, os hubiese hecho mucho bien, colmado de beneficios... si os hubiese salvado la vida...

*Sauval.* La vida no es nada: el honor todo.

*Juan.* Si la desgraciada que ha engañado le debiese la vida de su hijo...

*Sauval.* (*Con prontitud.*) Qué dices?... Ese recuerdo...

*Juan.* (*Con energía.*) Mi coronel, yo soy el hermano de Luisa.

*Sauval.* Tú?

*Juan.* (*Con intencion.*) Antes de decidirme á matar á ese hombre, no seria mejor decirle: «mi hermana os ama, y á nadie ha amado sino á vos en el mundo?...»

*Sauval.* No acabes. Diez años de mi vida daria por no haber puesto los pies en este pueblo.

*Juan.* Pero lo cierto es, mi coronel, que los habeis puesto, por desgracia de mi hermana, por la de mi familia, que antes que pisáseis este suelo, no tenia nada de que avergonzarse.

*Sauval.* (*Abatido.*) Juan Luis, exige de mi cuanto quieras.

*Juan.* Solo una cosa tengo que preguntaros. Teneis alguna queja de Luisa?

*Sauval,* (*Con fuego.*) Ah!... No!... Es la muchacha mas angelical, el corazon mas generoso!...

*Juan.* Yo bien sé que somos unos pobres labradores.

*Sauval.* Y qué importa el nacimiento? En Francia ya no hay categorías... todos somos iguales.

*Juan.* (*Gozoso.*) Con que asi podré decir á mi hermana...

*Sauval.* (*Con fuego.*) Que la aprecio; que la respeto; que emplearé toda mi vida en reparar el error de un instante; que educaré á su hijo como si fuera mio....

*Juan.* Como que lo es.

*Sauval.* Juro por mi honor renunciar á toda especie de establecimiento, y consagrarme á Luisa, á su hijo... Me obligo á no casarme nunca...

*Juan.* (*Severamente.*) Coronel... no es eso lo que habeis prometido á Luisa.

*Sauval.* Es verdad; pero jóven, sin esperiencia, subyugado de una pasion que esperimentaba por la vez primera, propuse á Luisa un casamiento secreto... Era tan sincero, que hubiera cumplido esta promesa. Yo olvidaba entonces las exigencias tiranas de esta sociedad, en medio de la cual me veo obligado á vivir; de esta sociedad elegante y ceremoniosa que castiga con su desprecio, con su abandono, á aquel que se atreve á hollar sus preocupaciones y sus leyes.

*Juan.* (*Con ironía.*) Hace poco dijisteis que ya en Francia no hay categorías...

*Sauval.* Ah!... Por qué no conocieron tus padres la necesidad de dar á Luisa una educacion que hubiera engrandecido sus pensamientos, cambiado sus costumbres, perfeccionado su lenguage?... Ah!... (*Suspira.*) Mis bienes, mi vida, todo lo que yo poseo, hasta mi nombre serán para su hijo.

*Juan.* (*Con estóica resignacion.*) Y para ella?

*Sauval.* (*Despues de titubear un momento.*) Es imposible.

*Juan.* (*Con energía.*) Mi coronel, acordaos de vuestros consejos.

*Sauval.* Juan Luis, amigo mio...

*Juan.* «Entre muerte y deshonor,
debe elegirse la muerte.»
Ahora mismo de esta suerte...

*Sauval.* (*Turbado.*)
Yo la conservo mi amor,
y su hijo...
:

*Juan.* (*Interrumpiéndole.*)
Y su honor
ultrajado?
*Sauval.* Ya es en vano...
se opone el deber tirano...
*Juan.* (*Con ira.*) Cuando esteis restablecido,
el que á la hermana ha perdido
puede matar al hermano. (*Vase.*)

## ESCENA X.

SAUVAL.

*Sauval.* No, no aumentaré mis remordimientos amenazando la existencia del hermano de Luisa... Pero, y ella?... dónde está?... Yo quiero verla, hablarla... tal vez comprenderá mis tormentos, y la horrible posicion en que estoy colocado.

## ESCENA XI.

LUISA. SAUVAL.

(*Luisa sale elegantemente vestida, con sombrero y velo echado.*)

*Luisa.* (*Con voz alterada.*) El señor baron de Sauval?
*Sauval.* Yo soy, señora. (Es muy singular!... Hay en esta voz un no sé qué...)
*Luisa.* Yo soy la que he tenido el honor de escribiros desde el castillo de Blanay, cerca de Lyon.
*Sauval.* Ah! Señora!... Me habia puesto en camino para obedecer vuestra invitacion, pero un accidente...
*Luisa.* (*Levantándose el velo.*) Ya lo sé, caballero.
*Sauval.* (*Sorprendido.*) Cómo!... Estará decidido que hoy todo me llene de sorpresa y de admiracion?
*Luisa.* (*Sonriendo.*) Tened la bondad de sentaros... aun estais débil, y...
*Sauval.* (*Escusándose y ofreciendo á Luisa una silla, que ella rehusa.*) Perdonadme, señora; yo soy el que debia... pero estoy tan turbado... verdaderamente es

maravilloso... (*Con familiaridad.*) Eres tú? sí, tú eres.

*Luisa.* (*Con dignidad.*) Madama de Maurienne, cuyo nombre llevo, me ha instituido su única heredera por testamento ológrafo, que he hecho autorizar y sancionar (*Recalcando esto.*) antes de ayer en el tribunal de primera instancia.

*Sauval.* Ológrafo... sancionar!... Pues no es ella!

*Luisa.* (*Con despejo.*) Los papeles de familia me han hecho conocer que habia un pariente cuyas esperanzas...

*Sauval.* Jamas las he fundado en la sucesion de la marquesa. Era tan lejano nuestro parentesco!

*Luisa.* Estabais colocado en los grados sucesibles, y sois el único de la linea descendente. No habiéndoos visto llegar el dia indicado, me aproveché de este retraso para visitar los alrededores de Abbeville. La naturaleza los ha embellecido con detalles tan pintorescos, que hacen su aspecto mágico y delicioso.

*Sauval.* Este lenguage tan elevado! Nunca ha podido hablar asi Luisa... Y sin embargo, no he visto cosa mas parecida... Me cuesta trabajo contenerme para no decirla «Luisa...»

*Luisa.* (*Interrumpiéndole.*) Ese es el nombre de la persona que me ha informado de las funestas consecuencias de vuestro buen corazon... Hé aqui su carta. (*Se la da.*)

*Sauval.* (*La toma y la recorre penosamente.*) Oh! Qué diferencia de estilo!... Pobre Luisa!... Ha sido tan descuidada su educacion!...

*Luisa.* (*Alegremente.*) La herencia de vuestra tia es considerable, y su particion, muy facil: esto es lo que os vengo á ofrecer.

*Sauval.* A mí, señora? Me permitireis que no acepte; que no me aproveche de ese rasgo de generosidad.

*Luisa.* (*Con ligereza.*) Es una restitucion solamente; lo que os ofrezco es vuestro. Madama de Maurienne no ha podido disponer de aquella parte de sus bienes que por la ley os pertenecia.

*Sauval.* (*Con firmeza.*) No, no puedo admitir.

*Luisa.* (*Con gracia.*) Si os negais á ello, caballero, me pondreis en una situacion muy singular; revelaré yo misma vuestra existencia, vuestros derechos, y bus-

caré algun honrado abogado que tome á su cargo entablar un litigio contra mi, aun cuando le tenga que pagar doble.

*Sauval.* Señora, sois un adversario como hay pocos; pero nunca aceptaré una parte de esa herencia, de la que estoy seguro hareis tan buen uso. (*Con fuego.*) Dejadme pretender otra fortuna mas preciosa para mí... la de obtener vuestra estimacion, vuestra amistad.

*Luisa.* (*Ocultando su alegría.*) Caballero...

*Sauval.* (*Con entusiasmo.*) Ah! Si supieseis los sentimientos que me agitan!... Hay en vuestra figura un encanto indefinible, que me trae á la memoria un recuerdo dulce y penoso á la vez. Me parece haber visto en otra ocasion vuestras facciones, que han estado siempre grabadas en mi corazon, y esa voz que no ha cesado de resonar en mis oidos. (*Se acerca y le toma una mano.*) Ah! si se os hubiese parecido en todo!... (*Repara en la sortija de su madre que lleva puesta Luisa encima del guante; abandona la mano y dice aparte:*) Esta sortija!

*Luisa.* (*Con alegría.*) (Pobre Eduardo!...)

*Sauval.* (*Mirándola con atencion.*) Es ella!... Es Luisa!...

*Luisa.* (A mí es á quien ama siempre.)

*Sauval.* (Ahora me toca á mí engañarla.)

*Luisa.* Pues bien, caballero, admito vuestra amistad. (*Con amabilidad.*) Aceptais mi restitucion?

*Sauval.* (*Con firmeza.*) Nunca.

*Luisa.* A terca no me habeis de ganar.

*Sauval.* (*Alegremente.*) Pues vos á mí tampoco.

*Luisa.* Litigaré.

*Sauval.* Litigaremos.

*Luisa.* No, no cedo, vive Dios:
de hoy mas os hago la guerra...

*Sauval.* (*Con galantería.*)
Hay una sola en la tierra,
que es muy temible con vos.

*Luisa.* Y entrambos pleitearemos;
y escribanos y abogados
serán mis fieles soldados,
y creo que os venceremos.

*Sauval.* Será vana vuestra empresa,

pues solo con mi escuadron
pondré en total dispersion
toda la curia francesa.

Y sin embargo, me haceis muy mal tercio, porque debia pedir una licencia de seis meses al ministro de la Guerra, y marchar á Lyon (*Con intencion.*) con mi muger.

*Luisa.* (*Sorprendida.*) Vuestra muger!...

*Sauval.* (*Con ligereza.*) Sí señora.

*Luisa.* (*Desconcertada.*) Con que estais casado?...

*Sauval.* (*Lo mismo que antes.*) Sí: tengo esa felicidad.

*Luisa.* (*Con amargura.*) Casado!...

*Sauval.* Hace ya algunos años. Fué un matrimonio por amor: un capricho que me ha salido perfectamente... Imagináos una muger encantadora, que solo es comparable á vos.

*Luisa.* (*Con aspereza.*) Dejad esas adulaciones.

*Sauval.* (*Aparentando no prestar atencion.*) Os parece estraño que un marido elogie á su muger? Pues en ese caso, yo soy un fenómeno. Os pido permiso para presentárosla.

*Luisa.* (*Indignada.*) A mí, caballero?

*Sauval.* Ya la vereis; es un angel. Soy el marido mas feliz, el padre mas venturoso...

*Luisa.* (*Con viveza.*) Cómo... teneis?...

*Sauval.* (*Con ternura.*) Un niño, un hijo tan hermoso como su madre...

*Luisa.* (*Sollozando.*) Os doy la enhorabuena.

*Sauval.* Tambien dicen que se parece algo á mí... que tiene alguna semejanza... Vos podeis juzgar; traigo conmigo su retrato.

*Luisa.* (*Con mal humor y tristeza.*) Soy muy mala fisonomista, y no puedo ser buen juez en la materia.

*Sauval.* (*Suplicándola.*) Miradlo nada mas.

*Luisa.* (*Con amargura.*) Caballero, no insistais.

*Sauval.* (*Con tono muy dulce.*) Yo os lo suplico, y creo que no querreis afligirme. (*Insiste y Luisa se niega de nuevo; al fin acaba por colocar el retrato ante los ojos de Luisa.*)

*Luisa.* Cielos!... (*Mira á Sauval.*) Es mi hijo!...

*Sauval.* No... es el mio...

*Luisa.* Ah!... (*Se arrojan el uno en los brazos del otro:*

*Juan Luis, que habia entrado con el niño un poco antes, se adelanta señalando á Julio.*)

## ESCENA XII.

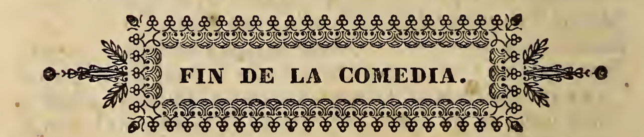
DICHOS. JUAN LUIS. JULIO.

*Juan.* En qué quedamos? A cuál de los dos pertenece?
*Sauval.* (*A Julio.*) Ven, ven á abrazar á tu padre.
*Luisa.* Ah! hermano mio, qué feliz soy!...
*Sauval.* Querida Luisa!
*Luisa.* (*Con emocion.*) Sí, siempre Luisa para Eduardo.
*Juan.* Mi coronel, volveré á dejar crecer mis bigotes, y seguiré en el servicio.
*Sauval.* Espero que no volverás á pretender dejarlo. Juan Luis, te has portado como un valiente y honrado militar.
*Juan.* Mi coronel, no podia ser de otro modo, habiendo servido á vestras órdenes.

Yo combatí con ardor
en Amberes y en Argel,
y hasta ahora, coronel,
no me ha faltado el valor.

*Sauval.* De qué nace ese temor?
Quien se batió denodado
como valiente soldado...

*Juan.* Jamas temí pelear;
mas hoy temo no agradar
á un pueblo tan ilustrado. (*Al público.*)


FIN DE LA COMEDIA.